

su origen una lucha encarnizada contra la explotación colonialista y a favor de la liberación nacional.

Con respecto a la unidad sindical, Kota distingue también una doble corriente que sigue direcciones opuestas: «El criterio reformista y revisionista considera la unidad como una cuestión de carácter fundamentalmente táctico, que cambia según las circunstancias y depende de la coyuntura general (...) La unidad para los reformistas es un compromiso hecho por arriba y a espaldas de los obreros y en contra de sus intereses».

Por último, en la tercera parte del libro, Kota presenta como organización modélica del sindicalismo de clase las Uniones Profesionales de Albania (UPA), dirigidas por el Partido del Trabajo de este país, que se han mantenido a lo largo de su evolución dentro del espíritu del internacionalismo proletario y de solidaridad obrera. Las UPA fueron miembros de la FSM desde su creación en 1945 por iniciativa del Partido Comunista de Albania y su evolución desde entonces la divide Kota en tres fases características ■ B. C.

PARA CAMBIAR LA ADMINISTRACION PUBLICA

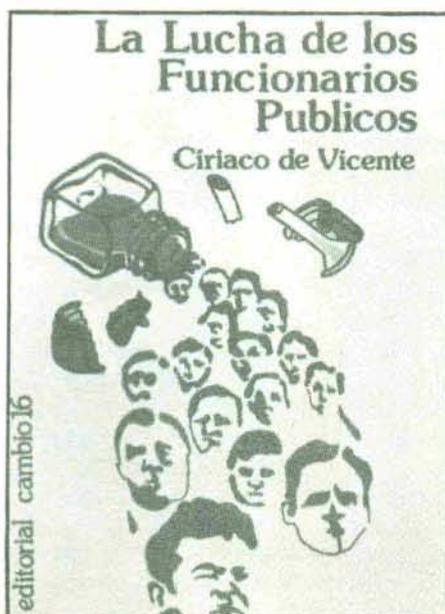
«La Administración española está necesitada de detergente.» Así comienza el epílogo del libro **La lucha de los funcionarios públicos**, obra de **Ciriaco de Vicente**, que a continuación insiste y amplía sus afanes lavatorios. No se trata sólo de lavar la cara de nuestra Administración —dice—, porque con ello todo seguiría igual. Y seguir igual es que la Administración sea (o siga siendo) «un instrumento al servicio de los grupos privilegiados con cuyo control éstos garantizan la continuidad del actual sistema económico». Por eso a la Administración hay que cambiarla «hasta el punto de que nadie la reconozca».

Ciriaco de Vicente —hoy diputado del PSOE por Murcia— es un veterano luchador en pro de los derechos de los funcionarios. Hijo de

funcionarios y funcionario él mismo (inspector de Trabajo), publicó hace unos meses otro libro sobre el tema: **Trabajo y Sindicatos** (Edicusa), antecedente de éste que ahora aparece en la Editorial Cambio 16.

Cerca de un millón de españoles forman el ejército burocrático de la Administración Pública. Son los TAP. Los «trabajadores de la Administración Pública», que el autor distribuye así: unos 450.000 de la Administración del Estado; 210.000 en Ayuntamientos, Diputaciones y Cabildos; 140.000 en Organismos Autónomos y 125.000 en la Seguridad Social. Junto a los funcionarios, los contratados. Los TAP, dice De Vicente, se han ido poco a poco proletarizando, salvo la élite burocrática que los domina (la élite burocrática española es objeto de un muy reciente estudio de Miguel Beltrán, del mismo título, publicado en la Colección Monografías de Fundación Juan March —Editorial Ariel).

La descripción de la lucha de estos TAP es ya mostrar un camino para ese cambio en la propia Administración. Y esta lucha se ha desarrollado en diversos campos: las retribuciones, la libertad sindical (búsqueda de ella, por supuesto), lograr la Seguridad Social... Esta descripción es también la reconstitución de un proceso clave para el mejor entendimiento de una parcela importante de nuestra historia última. Ciriaco de Vicente ha hecho un libro de historia y de combate, porque si relata la lucha de estos años pasados, habla también de las esperanzas en el futuro y de los problemas del presente ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.



SEVILLA: DESCRIPCION Y ANECDOTA

El concepto y metodología de la Historia ha sufrido, afortunadamente, hondas transformaciones especialmente constatables desde la fundación de los **Annales** y la labor desplegada por la escuela francesa (March Bloc, Lucien Febvre, etcétera). Sin embargo, no parece que estas innovaciones hayan terminado de arraigar en la idea que de la historia tienen algunos autores a pesar de los enormes esfuerzos desplegados por Vicens Vives para introducir estos nuevos conceptos en España. Y de ello hace ya algún tiempo.

Y es que esta **Historia de Sevilla** (1) es la anti-historia, sencillamente porque no es historia. No basta con ponerle a un libro el rótulo de «historia» si su contenido no responde a tal. Por su exposición literaria y por su desarrollo lineal, privando los aspectos descriptivos sobre los comprensivos y estructurales, el libro se sitúa más en el marco de la narrativa histórica que de la historia misma entendida ésta en su acepción más reciente. Por poner un ejemplo entre los múltiples que se podrían señalar, el capítulo dedicado al reinado de Pedro I testimonia la degeneración de esos libros de «historia» que recurren a un relato novelesco, abundantemente salpicado con adjetivos y juicios moralistas innecesarios en vez de indagar las razones de fondo como mínimamente hace al tratar de explicar las razones estructurales que llevan a Fernando VII a decretar una drástica reducción de los conventos de Sevilla. Como dijo Braudel en cierta ocasión, «a menudo la crónica, la historia tradicional, la historia-relato a la que tan aficionado era Ranke, no nos ofrece del pasado y del sudor de los hombres más que imágenes frágiles, fulgores, pero no claridad... Adviértase que esta historia-relato pretende contar las cosas tal y como realmente acaecieron». Ranke creía profundamente en esta frase cuando la pronunció. Pero incluso en este caso hay ausencia de documenta-

(1) José María de Mena: **Historia de Sevilla**. Sevilla. Edición patrocinada por la Caja de Ahorros Provincial «San Fernando», de Sevilla. 380 pp. + 16 láms.

ción. Baste otro ejemplo, por lo demás fácilmente subsanable. Mientras que en una de las páginas del libro el autor da la fecha de 1950 para la muerte de Queipo de Llano, en la página siguiente a la fecha de 20 de marzo de 1951 para el mismo acontecimiento. Es decir, que incluso esta descripción de la vida de la ciudad y su entorno encierra importantes fallos documentales. Con mucho mejor sentido ha entendido su obra Nicolás Salas al titularla **Sevilla, crónicas del siglo XX** y en la que la perspectiva y ritmo periodísticos son útiles para valorar los antecedentes de nuestra historia o simplemente para satisfacer la curiosidad.

Se presta, pues, más atención a lo anedótico y a lo novelesco, lo que Braudel llamaba la **microhistoria**, que a la búsqueda de las causas que originan estos hechos históricos y su



duración en el tiempo. De agradable y entretenida lectura, la «Historia de Sevilla», de **José María de Mena**, no es, desde luego, esa gran historia de Sevilla que muchos esperamos. Flotan todavía en el aire aquellas palabras que pronunciara una vez don Joaquín Hazañas y la Rúa: la historia de Sevilla está por hacer.

En lo que se refiere al cuidado y presentación del libro, hay que constatar lo que parece un mal endémico en todas nuestras publicaciones, las numerosas erratas tipográficas (deben ser más de 100) y una encuadernación no demasiado buena, aspectos éstos que deberían cuidarse en este tipo de obras ■ **J. M. de la T.**

CONTRA LA HISTORIA LIBERAL-CAPITALISTA

La obra colectiva **Ideología y ciencias sociales** (1), compilada por **Robin Blackburn**, se propone llevar a cabo una crítica de las ciencias sociales liberal - capitalistas desde una perspectiva marxista, tratando de extraer los presupuestos ideológicos de la «asepsia», del empirismo y formalismo, del «tecnicismo y abstractismo», de la excesiva especialización que «paralizan el pensamiento social con conceptos inadecuados y superficiales». En ella hay tres ensayos históricos, a los que limitaremos nuestro comentario, debidos a **Gareth Stedman Jones** («Historia, la miseria del empirismo»), **E. J. Hobsbawm** («La contribución de Karl Marx a la historiografía»).

En el primero, Stedman Jones critica en particular a la historiografía británica del último siglo, a la que acusa de empirismo (tradicional, por otro lado, en el pensamiento británico) y de haber tratado de marginar e «ignorar» las grandes corrientes de pensamiento, desde el marxismo al psicoanálisis, pasando por la sociología y antropología clásicas o «continentales». El autor pone de relieve la responsabilidad de los historiadores positivistas, biólogos, moralistas e individualistas como Stubbs, Bury o Gardiner (siglo XIX), de los liberales como Toynbee o Morley, de los reaccionarios como Ashton —con excepciones progresistas como las de Cole, Tawney, Hobsbawm o Deutscher—, en la perpetuación, hasta nuestros días, de ese anacronismo que es el empirismo y las concepciones liberal - evolucionistas (y capitalistas) del Progreso. Estados Unidos se presenta a sí mismo como ex colonia que nunca ha poseído imperio colonial, y como campeón de la libertad de los pueblos. Stedman Jones contraría las tres afirmaciones y arremete contra este burdo pero sólido y extendido mito de la historiografía estadounidense, y afirma que «Estados Unidos ya era estructuralmente un Estado imperialista en el momento de su creación». Se da una continuidad

(1) Editorial Grijalbo, Barcelona, 1977. Colección Teoría y Realidad.

asombrosa desde los Padres Fundadores de la nación (siglos XVII-XVIII) hasta hoy. Durante tres siglos largos Estados Unidos edifica un imperio, que se inicia con el expansionismo hacia el Oeste, México y el Caribe, que madura a partir de 1898 (guerra contra España) y de la Gran Guerra (1914-1918), y abre nuevas posibilidades en el Pacífico y en el resto de América a partir de la segunda guerra mundial, hasta su mundialización en los últimos veinte años.

El imperio posee sus teóricos y su elaboración ideológica, «espiritual», gracias a un Monroe (con su Doctrina, que data del lejano 1823), a Turner, a Beard, a los Roosevelt (Theodore y Franklin), a Eisenhower, a Kennedy..., cuyo pensamiento y actuación se traduce en la controvertida Teoría de la Frontera, en la del Big Stick y el Destino Manifiesto, en la de la Buena Vecindad y en la Alianza para el Progreso, entre otras.

¿Cuál ha sido la aportación del marxismo a la historiografía? Esta es la pregunta a la que trata de responder Hobsbawm en el tercer ensayo. El marxismo irrumpe en el mundo de la historiografía europea de manera contundente, enfrentándose con éxito al positivismo y al historicismo, centrando la atención de los historiadores en los fenómenos socioeconómicos y confiriendo un valor desconocido a la masa como uno de los protagonistas de la Historia.

Pero, añade Hobsbawm, todo esto ha producido a su vez una «modalidad» de marxismo anclada a algo próximo a un determinismo económico, cuyo motor es siempre la lucha

